

Mi experiencia en Alemania

Hace más de un año que *Gandalf* llamó a mi puerta, disfrazado de anuncio de FP dual en Alemania en Internet. Y, como en la obra de Tolkien, me dijo que buscaba a alguien para compartir una aventura.

— ¿Una aventura? ¿Qué tipo de aventura? Verás, yo estoy muy cómoda en mi casa, en mi ciudad... Lo de las aventuras no va mucho conmigo.

Pero *Gandalf* insistió.

—Sí, serás perfecta para la aventura que tengo en mente. No puedes seguir desperdiciando tu vida; será una experiencia muy provechosa. —y sin más discusión se fue. Esa noche no tuve la visita de un grupo de enanos, ni *Gandalf* había marcado la puerta de mi casa con una runa, pero lo que sí tuve fueron muchas dudas. Mi parte *Tuk* decía: ánimo, va a ser una pasada. Pero la vena *Bolsón* se negaba en rotundo a abandonar la comodidad del hogar. Finalmente, ganó mi parte aventurera y me apunté al programa.

Ahora solo quedaba esperar que me seleccionaran. Y no tardaron mucho, pues al día siguiente recibí una llamada. Debía presentarme en Madrid a finales de aquel mes (junio) para recibir clases de alemán durante dos meses y medio (mediados de junio, julio y agosto), antes de partir para tierras germanas. Mi corazón dio un vuelco: ya no me podía echar atrás. Pero todo era tan precipitado...

Llamé a la empresa para solicitar un margen un poco más grande de tiempo para dejar todo listo en mi ciudad, y me lo concedieron. Y así, a principios de julio, partí hacia Madrid con una maleta llena y un corazón dividido. Me apenaba dejar a mi familia y a mis amigas atrás, pero sentía que era lo correcto, lo que debía hacer en aquel momento. Llevaba un año sin estudiar ni trabajar y no quería pasar otro igual. Aquella era mi oportunidad de hacer algo.

Pasé un verano que para muchos sería una pesadilla: estudiando. Y a finales de agosto cogí un vuelo directo a Hamburgo. Mi familia vino a despedirme al aeropuerto y yo, con el corazón encogido les dije adiós. Llegamos a Hamburgo, un compañero del curso de alemán y yo, y nos vino a recoger el encargado del proyecto de allí, de Alemania. Traía una furgoneta y una caja con bebidas, fruta y una bolsa de bombones. Se llamaba Christian y nos llevó hasta nuestro destino: Ostseebad Binz, un pueblecito costero en el mar Báltico, en una isla llamada Rügen, al noreste de Alemania, cerca de la frontera con Polonia. En aquella furgoneta, hacia lo desconocido, igual de ilusionados y perdidos al mismo tiempo, íbamos cuatro nuevos aprendices: un italiano, cuyo nombre no recuerdo, un catalán, un madrileño y yo misma, una asturiana orgullosa de su región.

Llegamos al hotel, que sería nuestro lugar de trabajo y nuestro hogar desde aquel mismo instante, a las nueve de la noche aproximadamente (aunque a mí me parecieron las doce), después de dejar al italiano en otro hotel. Supongo que sería porque anochecía muy temprano y por el agotamiento del viaje. A mis compañeros los instalaron en una habitación del hotel



destinada a clientes, pues la del personal que les correspondía estaba sin limpiar aún. Y a mí, Christian me acompañó al sótano, donde estaban las habitaciones del personal. El pasillo de acceso era tenebroso, mal alumbrado y un tanto tétrico. Pero aún no había llegado lo peor. Abrí la puerta de mi habitación y Christian dejó allí mi maleta. Se despidió de mí y me deseó suerte. Yo entré y cerré la puerta. La cama estaba hecha y la habitación casi vacía pero había un inconveniente: había arañas. Muchas arañas. Y eso era algo que me superaba. Eran las nueve de la noche y no había ninguna tienda abierta, por lo que no podía comprar insecticida, así que me puse a buscar en internet repelentes caseros contra las arañas. Y no había ninguno que yo pudiera hacer... Hasta que encontré el ideal: tabaco. Yo no fumo, pero mis compañeros lo hacían como locomotoras. Así que subí hasta su cuarto y llamé a su puerta para pedirles un poco de tabaco.

Y este fue el comienzo de mi gran aventura.

Como *Bilbo*, armada con un spray de tabaco en lugar de con una espada élfica, me enfrenté a las arañas que moraban los rincones más oscuros de mi cuarto. Y mi cuarto fue tomando forma, poco a poco, de hogar. Un hogar un poco solitario y no muy grande, pero un hogar al fin y al cabo. Al día siguiente salimos a dar un paseo y conocer un poco el pueblo.

Es un pueblo no muy grande, con playa y bosque. La parte trasera del hotel da directamente al paseo marítimo y en un minuto o dos te plantas en la playa. Las casitas del pueblo son casi todas de estilo colonial, de dos o tres plantas, adornadas con celosías, fachadas claritas, galerías acristaladas, columnas y otras decoraciones variadas que parecían encaje, todas muy bonitas. En el centro del pueblo se halla una plazuela no muy grande que da a un muelle y en cuyo centro hay un reloj. Rodeando la plaza hay varios edificios grandes, entre ellos un hotel llamado Ceres. En la calle principal puedes encontrar un montón de tiendas de ropa y de souvenirs, así como un par de supermercados (Rossmann y Edeka) y varios restaurantes. El pueblo cuenta con dos lagos y una reserva natural que forma parte del patrimonio de la humanidad. Lo cierto era que estábamos deslumbrados y yo llegué a enamorarme de aquel pueblecito germano que se erigía a orillas del Báltico.

A medida que pasaba el tiempo, fui formando mi propia comunidad y atando lazos tan fuertes como la cota de malla de *Mithril de Frodo*. Lazos irrompibles. Lazos que ni una lanza de trol sería capaz de quebrar.

Se volvió costumbre ir a desayunar con Aixa, Montse o María al Peter's siempre que librábamos juntas, o ir los viernes al Salsa. Se volvieron costumbre las cenas los unos en los cuartos de los otros, las escapadas al Lidl, al Rossmann, al Edeka, al Netto y al TEDI, y los helados y las pizzas del Bistro y del Rialto. Se volvieron costumbre los "cafés pre-gym" y pasarse a cenar a la cocina del hotel "post-gym". E hicimos nuestro el "Have I got post?" y "Mit Karte, bitte."

Cada uno teníamos nuestras creencias, nuestras ideologías y nuestra forma de pensar, pero no nos importaba. Había amor y había respeto, y con esos dos materiales fuimos forjando una amistad de confianza. Concretamente, formamos una hermandad; una sororidad, más bien. Aquello SÍ que era sororidad. Había complicidad y apoyo mutuo. Y nos queríamos. Y lo seguimos haciendo aún en la distancia.

Sufrimos. Por supuesto. Sobre todo en Navidades. Siempre recordaré aquellas Navidades: no podíamos coger vacaciones así que nos tuvimos que quedar allí, mientras nuestras familias

seguían en España. Las lágrimas estaban servidas. Pero hicimos piña entre nosotros y nos consolamos y apoyamos los unos a los otros. Sufrimos también de racismo. Sí, experimentamos el racismo, a pesar de ser tan europeos y caucásicos como ellos, algunos alemanes se mostraron racistas con nosotros por no controlar su idioma. Pero ahí también nos apoyamos los unos a los otros.

Y también disfrutamos de muchos otros alemanes que fueron buenos y acogedores con nosotros, y supieron entendernos y mostrar empatía y cariño con nosotros.

Pero no todo fue duro y difícil.

También pasamos buenos ratos. Hicimos excursiones, visitamos lugares, disfrutamos de la playa y del buen tiempo; disfrutamos de la naturaleza y de la ciudad. Viajamos. Bailamos. Reímos.

Y, como a *Bilbo*, me llegó el momento de volver. Y de despedirme de los “enanos” (que no eran tan enanos, realmente) que me habían acompañado en mi aventura. No era un “adiós”, sino un “hasta pronto”, pero aún así dolía.

Les dije que las puertas de mi casa estarían, al igual que las de mi corazón, siempre abiertas para ellos. Que no tenía hora de tomar el té, pero que podían pasarse a tomarlo si querían. Y que siempre los recordaría. Que me acordaría de todo. De lo bueno. De lo malo. De los que empezaron conmigo desde el principio. De los que fueron llegando. De los que se quedaron hasta el final. Y de los que se fueron marchando.

Y cuando volví a mi *agujero Hobbit*, a mi hogar, dejé un pedacito de mi corazón allí, en Alemania.

Hace ya casi un mes que he vuelto, y una parte de mí desearía volver sin ninguna duda. Pero ahora mi sitio está aquí, en mi ciudad, en mi propio *Bolsón Cerrado*. Me he traído mi propio baúl repleto de oro. Pero no es un oro como el que todo el mundo piensa. No, es un oro diferente. No son monedas, ni joyas: es experiencia, personas y conocimientos. Es el oro más valioso del mundo.

Sin embargo, ahora sé que si *Gandalf* vuelve a buscarme para otra aventura, le seguiré sin dudarle. Y, ¿quién sabe? Tal vez, y sólo tal vez, en algún momento tenga que matar un dragón.